

## **Ceguera de Mediterráneo**

“Antes que el sueño (o el terror) tejiera  
mitologías y cosmogonías,  
antes que el tiempo se acuñara en días,  
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.”

Jorge Luis Borges

El día que llegó el mar tus ojos se abrieron como dos lunas llenas para tragar la inmensidad que habías sentido en los sueños. Habías vivido una existencia entera sin poder verlo. Mitos, canciones, historias y leyendas bañaban tu ideario infantil de aquella inmensidad que llamaban mediterráneo. De niño, te lo describían, pero no era lo mismo. A diario olías el fuerte salitre que inundaba tu olfato. Era omnipotente este dios de los tres continentes. De noche se intensificaba el olor marino con las algas muertas a la orilla. Un maestro sabio en ciencias costeras te había explicado que al fenómeno se le llamaba sulfuro de dimetilo. Luego estaba la increíble maravilla de escucharlo. Rugía con el viento, suspiraba con la brisa. Y bañarse en él era como entregarse a lo eterno. Te abrazaba entero envolviéndote en un líquido gelatinoso. Cuando te besaba, su beso era de sal profunda y constante. Probar el mar de las penínsulas era embriagarse en lo telúrico. Todo lo habías percibido excepto poder verlo en su magnitud.

Tu padre te había prometido que algún día lo verías. Qué la medicina avanzaba, que fueras paciente. Que ya verías este mar que definía nuestra esencia. Pero tu madre te regaló la poesía. “La poesía es como el mar, eterna, cambiante, rica, avasallante, plena. Leeremos poesía para que conozcas y sientas el Mediterráneo.” Y con las voces maternas llegó Antonio Machado viviendo en la añoranza lo que sería tu esperanza. *Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa y escondido tras las cañas duerme mi primer amor, llevo tu luz y tu olor por donde quiera que vaya, y amontonado en tu arena tengo amor, juegos y penas.* Sí, la poesía te regaló el mar. Machado y tu madre te supieron regalar el jugueteón Mediterráneo que se te escapaba por los filtros de la luz.

Aún sin la visión, tu experiencia con el mar había sido múltiple y compleja. Los cuatro sentidos que poseías te permitían vivir el mar en un centenar de transformaciones. Su olor cambiaba. La sonoridad del oleaje se alteraba. El sabor de la sal menguaba. El roce contra tu piel a veces era áspero, en ocasiones suave como la seda. El mar era heterogéneo, existiendo siempre en una inmarcesible pluralidad. Ahora te habían operado la vista y tu percepción sería otra. Este quinto sentido agudizó tu existencia. Tu padre había cumplido su promesa. La medicina ahora te regalaba aquello que parecía abrumador. Las imágenes visuales se multiplicaban con tanta rapidez que tu mente no podía captar la invasión de millones de espectros.

Nunca habías conocido la fuerza totalizadora de este mar y no te imaginabas que su pujanza te arrastraría para siempre. Con el piélago asimilaste percepción y distancia. Comprendiste la gama del color. El azul no era azul sino añil, cerúleo, índigo, garzo, lapislázuli, zafiro, turquí, cian, turquesa, aguamarina. ¿O acaso era un verde tornado en azul? La gradación del color anunciaba cambios en la profundidad del mar. La luz del

sol y la luna contra sus aguas te regaló la compleja noción de la cristalinidad. Con las olas aprendiste el movimiento de las masas. El retiro, el acercamiento. La lluvia agujereaba la marea perforándola con una transparencia metálica de proyectiles alterados. El intenso azul, o el intenso verde, te cegaba la mirada. Era como una segunda ceguera, distinta y abrumadora. Cada gota se multiplicaba en la profundidad buscando el viaje final de los tropeles mitigados. Eras mar ibérico, itálico y balcánico. Mar múltiple de nombres. Mar Medi Terraneum, Mesogeios, al Bahr al Mutawasit, Ak Deniz y el Gran Verde para los antiguos egipcios.

Lograste comprender de inmediato que el mar en medio de las tierras no era como te lo habías imaginado. La presencia visual de las aguas excedía la poesía que tu madre te había regalado. Luego los versos de una poeta lejana llamada Julia de Burgos te ofrecían una explicación, “¿Es el mar que ha salido a mirarme o es mi alma flotando en el mar?” La sal y el viento picoteaban tu cuerpo delicado con furia, invitándolo al suave descenso. Tenías que dejarte tragar. Dejarte poseer. Llegar hasta el fondo donde finalmente entenderías la solvencia de la vida del bello monstruo que era el Mediterráneo. Con grandes rugidos te recordaba que la vida había comenzado en él. Siempre pensaste que las horas de amor con las aguas saladas serían pasajeras, pero la perennidad de lo imperceptible habría de ser esto. Un mar abierto, sosegado de efusiones. Ahora tu cuerpo y las solvencias marinas se habían fundido en una intención estranguladora de arenas, aguas y algas. Juntos intentaban comprender el sentir desenfrenado que les cabalgaba por las arterias rebosantes de peligros. La esencia de lo indefinible se conjugaba en el mar de los tres continentes fundadores.

El juicio pensante se difuminaba con las olas agigantadas que arrastraban tu cuerpo mar adentro. Sí, entregarte al mar de los dioses que era el comienzo y el final de la existencia. La vida y la muerte abrazadas eternamente en una totalidad. El oleaje aumentaba en violencia, castigando el balance de las piernas enredadas en las piedras y el sargazo. Sentías que te ibas, que desaparecerías para siempre en la vastedad del mar. El amor esperanzado habría de llegar hasta esa orilla. Sin rastros. Sin decepciones. Un mundo marítimo de peces, aguas y cuerpos. Una serenidad de mar conspirada contra el pesar. Aquel mar colmado de besos, deseos y arrebatos sería tu maestro avezado con el plan infinito de saciarte hasta el final, para que comprendieras la multiplicidad de tu existencia, para que entendieras como el inconmensurable valor de los cinco sentidos definían el ente planetario que eras. Ahora habías descubierto la esencia de la eternidad. Tu padre ya te lo había dicho, este mar Mediterráneo definía nuestro ser y determinaría tu vida.

**Benito Pastoriza Iyodo**